

El adjetivo *moderno* es tan vasto e incesante como complejo. Su uso ha llegado hasta nosotros, ya entrado el siglo XXI, bajo diversas modalidades, incluso contradictorias —hasta se utiliza el término “modernización”— para ocultar, con el sentido de una renovación, el mantenimiento de rancios privilegios. En la cultura hispanoamericana el *modernismo* es un vocablo fundacional y una de sus revistas emblemáticas en México fue la *Revista Moderna*, publicada entre 1898 y 1903 (su sucesora, la *Revista Moderna de México*, fue publicada entre 1903–1911). En este número se presenta un notable *dossier* sobre aquella primera etapa de una de las publicaciones insoslayables de la cultura latinoamericana de entresiglos, que no solo actualiza su importancia sino que renueva su evaluación con aportes muy originales de especialistas. En su presentación, las investigadoras que organizan este *dossier*—Ariela Érica Schnirmajer y Ana Laura Zavala Díaz— debieron referirse desde el principio a una paradoja: la *Revista Moderna* se publica en el contexto histórico del Porfiriato y sus creadores imaginaron la fundación de una revista “que diera cauce a la ‘evolución de la sensibilidad’ de la cultura y la literatura de su época, marcada por el accidentado y desigual proceso de modernización de México durante los sucesivos gobiernos del general Porfirio Díaz (1876-1880, 1884-1911)”. Lo que subyace al proceso cultural al que, “casi como un acto de resistencia”, da cauce la aparición de la revista, es el hecho de que su publicación no solo establece una diferencia en el plano cultural con la sociedad en la que surge, sino también con la construcción de una identidad que se afirma *moderna* —de hecho, *modernista*— pero que no coincide homogéneamente —antes bien se contradice— con lo que el Porfiriato produjo como un “proceso de modernización”. La autora del primer texto del *dossier*, Yliana Rodríguez González, observa que la figura del *lector moderno* es tan compleja como la del *autor moderno* y que hay un evidente desequilibrio entre los materiales ofrecidos y la audiencia receptora, como no sea el de un restringido público de pares: “la posibilidad de generar lectores instruidos, sofisticados, debería ir de la mano con la de institucionalización del campo”, señala y, a continuación, reconoce que la *Revista Moderna* debe enfrentar desde el principio una *modernización desigual*.

Los logros de “modernización” del Porfiriato convivieron con una profunda desigualdad social y los comuneros, los campesinos, los peones de las haciendas o los obreros y empleados con jornadas laborales de doce a quince horas, fueron víctimas del sistema. En sus memorias, *La feria de la vida* (1937), uno de los actores principales de la *Revista Moderna*, el poeta José Juan Tablada, recupera ciertas declaraciones personales que hizo hacia 1925 acerca de su tarea como escritor. Además de reconocer que debió profesionalizarse y ejercer el periodismo para vivir de su escritura y dirigirse a un público más amplio, observó, sin ilusiones, el definido contexto de su emergencia: “como una religión, mi vida literaria ha tenido dos aspectos, uno esotérico, exotérico el otro; el primero para mis pares en inteligencia y en cultura y el segundo para la mayoría *capaz de leer*” —escribió—. “Así debía ser, en primer

lugar, porque *soy ciudadano de una patria en donde el analfabetismo impera en la mayoría inmensa, cierta educación rudimentaria en un grupo restringido y la cultura verdadera solo en una elite mínima*” (el subrayado es mío).

Esta problemática de una publicación en apariencia tan lejana como la *Revista Moderna*, a la cual especialistas sofisticados se abocan en detalle, manifiesta en muchos sentidos una cuestión que aún resulta acuciante para muchas de nuestras castigadas democracias: ¿por qué y para quién escribimos? ¿Quién está en condiciones de leerlos? ¿Cuál es el sentido de nuestra tarea universitaria, de nuestras investigaciones, de nuestra función misma, incluso de esta revista *Zama* que se ocupa hoy de aquella otra, *Revista Moderna*, publicada más de un siglo atrás? Una revista en apariencia tan remota pero a la vez cercana para un contexto de profundizada desigualdad y de creciente pauperización como el que padecemos en el año de su publicación, 2019, y donde, como un eterno retorno de lo mismo, la pretendida “modernización” volvió a ser, como si formara parte de un oculto y cínico objetivo, *desigual*? ¿Cómo justificar el estudio de la experiencia estética a la luz del dramático contexto, sin que se lo syndique como un mero suplemento autocomplaciente, narcisista, inútil, o incluso para que, a la luz de esa confusión, los modernizadores de la desigualdad no terminen por eliminarlo bajo el imperio de su propia *ratio* economicista, al considerar las humanidades, finalmente, como la entrega a una lujosa actividad de almas bellas? Con su inteligencia sarcástica, en un ensayo dedicado a discernir *Cómo leer un poema* (2007), Terry Eagleton razona hasta el absurdo este último equívoco:

Los críticos académicos vivimos en un permanente estado de terror, temiendo el día en que algún funcionario menor de una oficina estatal, repasando perezosamente un documento, se tropiece con la embarazosa evidencia de que en realidad se nos paga por leer poemas y novelas. Esto resultaría tan escandaloso como recibir un salario por tomar el sol o por tener relaciones sexuales.

Pero no se trata solo de que se nos pague por leer libros. Lo inaudito es que se nos paga por leer libros sobre personas que nunca han existido o sobre hechos que nunca han tenido lugar. En la vida común, hablar de gente imaginaria como si fuese real se le denomina psicosis; en las universidades, se la llama crítica literaria.

En el comienzo del artículo referido a Nietzsche en la *Revista Moderna*, su autor, José Ramón Ruisánchez Serra, retoma la noción de *ethos* de un intelectual latinoamericano que se ocupó largamente de la cuestión de la modernidad en los contextos históricos de nuestras desiguales sociedades: el ecuatoriano Bolívar Echeverría. Su evocación puede agregar aquí algunas reflexiones a esas preguntas que nos inquietan. Uno de los modos es cambiar el eje de los presupuestos. En su artículo *“El juego, la fiesta y el arte”*, Bolívar Echeverría reformula el lugar de la experiencia estética en la sociedad como una irrupción en la vida rutinaria que confluye con la experiencia lúdica o ritual y para la cual una parte del arte moderno la realiza, rebasando la funcionalidad de ser una mera representación de la vida que le procura la modernidad establecida: “En una buena parte del arte que se tiene a sí mismo por moderno hay, en mayor o menor medida, el intento de revivir la pertenencia orgánica del arte a la vida; de eliminar su carácter de representación de la vida y convertirlo en una transformación de la vida de un orden parecido al que tiene la transformación de la vida que ocurre en una ceremonia festiva”, señala Echeverría. Por ello, la cotidianidad humana solo podría concebirse como un entrecruzamiento que combina, por un lado, el tiempo de la rutina en el que todo acontece de modo automático y en cierto modo ciego y, por otro lado, el tiempo de la ruptura, en sí misma conflictiva, que ofrece la temporalidad del juego, de la fiesta y del arte. Echeverría sugiere que, en la medida en que son capaces de provocar experiencias estéticas, todos los seres humanos son capaces de manifestaciones artísticas, y que incluso podrían prescindir del trabajo profesional

de los “artistas”. Sin embargo, agrega que los artistas, por su vocación y su dominio de los medios disponibles, están especialmente dotados para ofrecer a su comunidad una experiencia estética que pueda ser vivida como una estetización de las vidas singulares: “componer —escribe Echeverría— las condiciones necesarias para que tenga lugar la integración de la plenitud imaginaria del mundo en el terreno de la vida ordinaria; recomponer la vida cotidiana en torno al momento de la interferencia del tiempo de lo extraordinario en el tiempo de la rutina”.

De estas reflexiones del intelectual ecuatoriano, se derivaría que la vida cotidiana en la cual esta dimensión no existiera, no fuera alentada, sostenida, constituida y conformada desde la *educación* más elemental hasta la *democratización* más diversificada de sus contenidos y manifestaciones —aunque sin intervención normativa sobre ellos— sería algo así como una amputación. La experiencia estética no se distancia de las necesidades cotidianas por su aparente inutilidad, sino que es intensamente complementaria de ellas y, como tal, también debería ser parte activa de todos los proyectos democráticos igualitarios e inclusivos de los Estados republicanos.

En el año 2007 Bolívar Echeverría escribió otro artículo llamado “*¿Es prescindible la Universidad?*” que también parece responder a lo que se deriva de las preguntas antes formuladas y, acaso, comentar, a lo lejos, las ironías de Eagleton. Sin perder de vista jamás la dimensión de la modernidad, Echeverría comienza su artículo afirmando que el trabajo universitario “es un tipo peculiar de producción y enseñanza del saber que pertenece a lo mejor que trajo consigo la civilización moderna” y que ese peculiar valor reside menos en su acción concreta sobre la vida civilizada que en su momento auto-crítico, por el cual “al mismo tiempo que contribuye a la modernidad es un crítico implacable de ella”. El núcleo que observa Echeverría es que, con gran claridad en estos años, aquel contenido utópico del saber, definido en su laicismo y que había inspirado a los Estados nacionales liberales (cuyas versiones más radicalizadas poseyeron siempre un sentido socialista), se hallaba en “tiempos difíciles”. Puesto que en América Latina a menudo aquella utopía liberal correspondió a la acción de Estados nacionales oligárquicos, el retorno y exacerbación de aquellos modelos en el marco del neoliberalismo en el mundo globalizado ahogó, en sí misma, aquella utopía democratizadora: “El ‘liberalismo económico’ de la sociedad civil capitalista, que alcanzó su culminación en el ‘neoliberalismo’ del último cuarto de siglo ha carcomido desde adentro al liberalismo político y su utopía. Los valores republicanos han sido pospuestos en beneficio de los valores de la sociedad civil o de la sociedad de los negocios privados”. Echeverría escribía en 2007 pero el escenario no ha cambiado, sino que se agudizó.<sup>1</sup>

Entre otros cambios, aquel abandono de la utopía liberal supuso un progresivo apartamiento del diálogo polémico y a la vez la unidad dialéctica entre las ciencias y las humanidades. En una dispar comparación, en los tiempos en los que prima la sustitución de los valores republicanos por valores puramente económicos, el relativo menoscabo del saber de las humanidades se basaría en considerarlo una especie de lujo inactual y no sustentable, poco pragmático, cuyos intereses no serían más que un paraíso artificial o una rémora del conocimiento “verdadero”. Es común observar en los organismos de investigación, para otorgarles un sustrato científico, que en no pocas oportunidades la producción intelectual del saber humanístico debe someterse al mismo tipo de evaluaciones de las ciencias llamadas “duras” cuando varios de sus supuestos heurísticos difieren en gran medida unos de otros o debe probar su rendimiento con patrones cuantitativos. Sin embargo, con perspicacia, Echeverría advierte que lo que en verdad el neoliberalismo requiere de las ciencias “duras” oculta también un parejo menosprecio, ya que tan solo las valoriza como un “instrumento de la técnica refuncionalizada por el capital”. Se trata, en suma, de “malos tiempos” para el saber universitario que implique por diversas vías caminos alternativos a las tendencias “modernizadoras” cuyo pragmatismo homogeneiza, recorta, subsume,

1. Los artículos citados de Bolívar Echeverría forman parte de una valiosa antología compilada y editada por Gonzalo Gosálvez, *Crítica de la modernidad capitalista*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2011, de distribución gratuita. Como puede apreciarse en el pie editorial, la publicación fue alentada desde la vicepresidencia de Álvaro Marcelo García Linera, en el gobierno de Evo Morales. Esta antología de Bolívar Echeverría puede ser bajada del sitio del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM: <http://geopolitica.iiiec.unam.mx/sites/default/files/2017-08/Echeverria-CriticadelaModernidadCapitalista.pdf>

censura, desatiende o ahoga el desarrollo del saber universitario y, en consecuencia, el desarrollo de la propia nación en sus intereses, patrones culturales e idiosincrasia, que no necesariamente coinciden con los de los países hegemónicos cuyos modelos “modernizadores” se imponen.

La revista *Zama* ofrece, como en espejo, aquellos conflictos ofrecidos por la *Revista Moderna* en el *dossier* de este número y, asimismo, su “prepotencia de trabajo” para afirmar valoraciones de sus objetivos y contenidos para los que corren “malos tiempos”. Su objeto privilegiado es el arte literario latinoamericano; su praxis el saber universitario; su lengua, eso que Rosalba Campra llama el “país inevitable”, las múltiples voces de Latinoamérica, de “nuestra América”. Pero, ¿cómo hacerlo, con qué actitud sostenerlo y ampliarlo en la selva salvaje que nos cerca y quiere tragarnos en la vorágine de estos tiempos difíciles? ¿Puede el arte mismo dar una inesperada respuesta? ¿Un arte tan alejado del pragmatismo como la poesía? En enero del año 2018, dos días antes de cumplir noventa años, murió en Buenos Aires el gran poeta argentino Hugo Padeletti, cuya poesía evoca Guillermo Saavedra en los *Homenajes* de este número de *Zama*. Juan José Saer, que lo admiraba profundamente, citó una vez los versos: “La modestia sin nombre / que se eclipsó / dejando su octógono acabado / reverencio. / Me incluye / su reborde de oro en el recinto / de lo excelente”. Inesperadamente la lectura de algunos poemas o versos de Padeletti, como aquellos, proporcionan una especie de ética, que no se halla para nosotros en un arte aurático, sino en el ejercicio del trabajo de comprensión del arte mismo, cotidiano, insistente y febril en el contexto que describimos en los párrafos anteriores. Esa ética se hallaba en poesía de Hugo Padeletti. En sus poemas ejercitaba una lenta concentración que estaba más cerca de la espera que de la premura. Alentaba la paciencia, que aguarda el motivo propicio para devenir una forma antes ocultada, como en el centro secreto de las semillas: “Voy a plantar esta almendra / para dar testimonio / de la paciencia”, escribió el poeta. La paciencia espera que algo pueda suceder: paciencia, en la poesía de Padeletti, es inminencia de una forma. La modestia consiste en ese recogimiento y esa concentración activa de lo que será el desarrollo de un “estilo de semillas”: “Las palabras-semilla desarrollan / raíces, se despliegan / en árbol y florecen / de pie. / Vale la pena/ contemplarlas”. Porque la modestia sabe que, en todo su repliegue, tendrá disponible un día la florescencia de un destino como la irrupción del instante o el despliegue del ahora: “en redondo, en rueda bien centrada, circulante / y quieta, consumada, / como raíz en tallo, tallo en flor, / flor en fruto y fruto en la semilla / de la luz”. Así esperamos, con esa ética, el incremento en florescencia de un presente aciago.

En este nuevo número de *Zama*, además del *dossier* dedicado a la *Revista Moderna* y los *homenajes* ofrecidos a la memoria del luminoso poeta Hugo Padeletti y de la entrañable narradora Hebe Uhart, se incluyen en la sección *Poéticas* dos textos insoslayables: uno de Adolfo Castañón que comenta, con agudas reflexiones que no omiten su afecto personal, el epistolario entre Octavio Paz y José Luis Martínez con el temblor que produce aquello que el autor recuerda citar de Alejo Carpentier: “en América tenemos la fortuna de ser contemporáneos de nuestros clásicos y nosotros, contemporáneos de nuestros maestros que se han ido”. El otro texto, es un ensayo intimista de Rosalba Campra, que antes citamos: “*Enamoramiento perdurable*”, en el cual el deslumbramiento infantil por la literatura se abre a la voluntad de la escritura como una huella del deseo. A todo ello se suman los habituales y valiosos artículos, notas y reseñas con las investigaciones más recientes de nuestro campo de estudios.

El arte sigue soplando donde quiere, incluso en la dura selva salvaje.

Jorge Monteleone